

cautó en el mar. Aunque mil rumores produjeran las aguas y las costas, él únicamente atendía solícito al rumor que hacían sus remos naturales hendiendo las olas. A veces fatigado se tendía inerte y se dejaba llevar como un alga por la corriente. Mas súbito el eco de cualquier brisa le fingía un suspiro de su Hero y el centelleo de aquel fanal tan adorado le derramaba un calor vital nuevo en las venas. Y entonces ganaba con ímpetu el espacio perdido en los anteriores desmayos. Cuando más próximo estaba el fin de su viaje, más combatía el atleta hermoso con las resistencias de todos los elementos y mayores milagros operaba con las fuerzas de sus músculos impelidas por las fuerzas de su espíritu. Al fin los rayos del fanal puesto en la torre caían sobre su cabeza y la figura de aquella hermosa Hero se aparecía junto al nadador extático. A la vista de aquella luminaria y á la presencia de aquella mujer, mares y montes, cielos y tierras, los astros del infinito y las estelas del Helesponto se transformaban como si participasen de su felicidad y sintieran su regocijo.

— ¡Cuáles emociones — Acté decía — irían señoreando á la infeliz Hero conforme su amante luchaba con las ondas! Siempre nuestro corazón supera, Nerón, al vuestro en la intensidad infinita de sentir. Prescindiendo por completo de la mayor capacidad que poseemos para los tiernos afectos, ¡ah! nuestra condición doméstica y nuestra debilidad irremediable hacen que la mujer, en casa recluída, sólo tenga como distracción el propio pensamiento. Más social, mucho más social el hombre que la mujer, experimenta, encuentra en el trato, bien un auxilio, bien un desahogo, difícil de hallar por nosotras, aves de jaulas que se llaman harén ó gineceo. Las faenas del hombre lo divierten de una idea fija, mientras las faenas del sexo mío á una idea fija lo atan. La más digna de compasión en esta gran porfía necesariamente había de ser la más idónea para el amor. Aun Leandro, si padecía, luchaba; mas Hero padecía sin luchar. El combate le quita suma intensidad al dolor. Los héroes, que mueren siempre combatiendo, llevan un reflejo dulcísimo de felicidad en el rostro y un dibujo de sonrisa en el labio. Pero hechas estas reflexiones que la triste condición del sexo nuestro me sugiere, continúa tu relato, que se graba con tus palabras de fuego en las amplias telas del corazón. Sigue, Nerón, sigue.

— La sacerdotisa de Venus, la enamorada Hero, cuando tornaba de los ejercicios del culto, recluía dentro de la torre, curándose únicamente de su pasión ardorosa, en la cual arrojaba el combustible de todas sus ideas y de todos sus recuerdos. Su cabeza inclinada tristemente, sus ojos entornadísimos, sus cejas fruncidas, sus brazos caídos, su actitud de abandono y desmayo en la sede habitual de su ministerio, decían á las claras cómo un solo afecto la oprimía y tiranizaba. Únicamente hablaba con la nodriza del amor y del amante á la continua. Mas el objeto perpetuo de sus miradas era el Helesponto. No señalan pleyadas, arturos y sirios las vías marítimas como sus presentimientos. Creeríasela un ave nocturna de las que pasan, como los agoreros alciones, la vida entera en los escollos rodeados por las olas, anunciando á gritos el cambio de los vientos. ¡Con qué sumo interés contemplaba el cielo y con qué viva emoción la enamorada sentía el resultado de sus contemplaciones! ¡Cómo su escudriñadora mirada se hundía en el horizonte profundísimo! ¡Qué placer le daba el buen tiempo! ¡Y cuánto vibraban sus nervios así que una ráfaga de aire, una palpitación de ola, un culebreo de relámpago alteraban el seno azul de la mar tranquila, cuyas celestes aguas servían como de lecho á su amor! Hero llegaba en su pasión á odiar el día y la luz. Estrella tan hermosa de suyo, huía el éter en que tomaba su brillo. No veía más que un punto en la inmensidad, el fanal encendido para guía de Leandro sobre la torre de Sestos. ¡Cuántas penas mientras éste atravesaba el Estrecho! Muchas veces tomaba el fosforeo de las olas por sus ojos y el salto de los delfines por su cuerpo. Sentábase, levantábase maquinalmente, corría de un lado á otro como loca, interrogaba con inoportunidad á los astros, hacía por detener los vientos desfavorables con sus delicadas manos, y puesta de hinojos presentaba en oraciones sin fin á los dioses del mar y del cielo y del campo sacrificios sin término. A la terminación de tantas inquietudes, los nervios sacudían todo su cuerpo, como el huracán al arbusto, y una especie de sueño magnético penetraba en su espíritu asaltado por obsesiones mágicas semejantes al delirio en sobrexitación de la demencia. Hero solía encomendarse con preferencia y principalmente al dios Neptuno. Aquel mar surcado por Leandro tenía todos los caracteres de un mar adverso á las doncellas. Hele había caído en sus ondas

desde los cielos y ahogádose allí. Hero, por ende, creía indispensable una plegaria continua, de indispensable necesidad para desarmar los dioses encolerizados. ¡Cuántas veces decía la infeliz á Neptuno, mientras Leandro nadaba en su busca, dudando por su mal del arribo y del encuentro, que no estaba tal dios para oponerse á los amores ajenos, ni para permitir al viento contrario que los combatiese y los contrastase, cuando él mismo amara tan perdidamente á Tiro, tan alabada por sus gracias; á Circe con todos sus hechizos; á la incomparable Alción, que siempre va pareada y riza los mares y llena de gritos los vientos; á la hija de Alimón, á Medusa, no obstante su cabellera de culebras, y á la misma Celeno puesta entre los astros de la noche! Quien así ha sentido el amor no puede negárselo á los demás sin renegar de sí mismo. Después de todos estos recuerdos, le observaba que un dios tan grande y tan fuerte como él puede combatir á los altos navíos y á las flotas ricas, pero no á un pobre nauta, más mísero y más obscuro cuando va por el seno de las aguas que los últimos peces de un estanque. Tras estas oraciones, Hero atizaba la torcida luminosa de su lámpara brillante. Y si al atizarla chisporroteaba, signo fausto, deshacíase la joven enamorada en suspiros tiernos de santas esperanzas y en acciones amorosas de merecidas gracias. Después coge su copa sacra, y vertiendo en ella el hidromiel consagrado á Venus, la bebe y apura, tras lo cual entona un sacro y armonioso himno. ¡Qué regocijo, después de haber orado y ofrecido las libaciones litúrgicas, encontrarse con que Leandro arriba y se arroja en sus brazos abiertos! Desnudo como un atleta heleno; curtido por las ondas saladas, á las cuales añade, para más adobar el cuerpo, los aceites de Minerva; ceñido y coronado por algunas algas que se prenden y enredan á sus ensortijados cabellos; iluminado por la luz de los astros que se juntan con el resplandor de la querida lucerna; los ojos arrobados por el amor; los latidos del corazón moviéndole como si fuese una fuerte armadura el pecho; fuera de sí por el regocijo que le causara la felicidad increíble de su llegada entre tantos daños y entre tantos peligros y procelas; diríasele un dios marino que sube impulsado por una especie de ascensión providencial desde las aguas á los aires para volar después al cielo. ¡Cuánta efusión á la llegada y encuentro! La misma incertidumbre del arribo y las horribles lu-

chas con los elementos sostenidas prestan fuerza á la satisfacción y al placer. El deseó cumplido y satisfecho de la llegada feliz adormece por un instante toda otra sensación y apaga toda otra idea. Tras estas emociones vivísimas llega el éxtasis de la mutua vista. Entrelázanse los brazos, confúndense los senos. Cada cual de los amantes parece buscarse á sí mismo en los respectivos ojos del amado, y los labios demandan besos al par que despiden suspiros. Entre los arrobamientos de la pasión exaltadísima, refiérense uno á otro aquellos dos extáticos amadores todo cuanto les ha sucedido en su ausencia. Y aunque sea siempre lo mismo, pensar cada cual en la mitad de su alma, convertir desde las opuestas orillas cada cual sus sendas miradas al punto donde cree hallarse su amor, y repitan la expresión de los mismos duelos por las despedidas y del mismo regocijo por los regresos, es lo cierto que les parece todo nuevo y todo por vez primera sentido. Tanta es la viveza de las emociones momentáneas en el seno de la felicidad recentísima, que pone olvido de las emociones pasadas y concentra la vida en un minuto. Pero ¡ah! que la noche pasa pronto. Avescinase tras la rapidez vertiginosa de aquellos encantos la traidora luz que debe ahuyentarlos. Y como Leandro viene después que la población de Abydos se duerme, y ha de volverse antes que despierte, las horas consagradas al amor ¡ay! resultan pocas y pasan pronto. ¡Qué sensación tan áspera é ingrata la del ruido menor que anuncie, ya el aletear de las aves canoras, ó ya el zumbar de los insectos diurnos! La riente alba que tiñe de luz perlada los bordes hasta entonces oscuros del Oriente y derrama por doquier alegría, paréceles á ellos una sombra negra de nefastísima tristeza. Por fin Leandro tiene que irse y quedarse la infeliz Hero. Las lágrimas riegan la tierra que les ha visto ha poco tan satisfechos, y los suspiros de felicidad se truecan en sollozos de amargura. Leandro huye del crepúsculo matutino y Hero sigue á Leandro desde su torre con los ojos fijos y los brazos abiertos. Así transcurrieron noches y noches de amor. Pero en una tristísima ensoberbeciéronse los vientos, alteráronse las aguas, y las fuerzas del joven que atravesaba el Helesponto le faltaron y los adversos elementos le rindieron. Leandro se ahogó. Hero, para quien la vida no tenía precio, muerto su amado, lanzóse á las aguas, y murió á

su cuerpo abrazada, despidiendo con su postrer beso su postrer suspiro. En aquel Bósforo, donde se juntan las regiones más célebres del planeta, donde se miran las ciudades populosísimas del extremo de Asia y del extremo de Europa, donde vagan desde los recuerdos que despiertan la memoria de los argonautas en las primeras navegaciones hasta los recuerdos de los héroes en las guerras médicas, no hay nada tan recordado y tan querido como las sombras de Leandro y Hero, discurriendo en los giros del aire y retratándose en los cristales del agua.

— He aquí, Nerón, que has contado, sin quererlo y sin pensarlo, con elocuencia la historia de nuestro amor. Yo estoy en una orilla del Imperio y tú en la opuesta. Para verme y hablarme necesitas pasar mares más procelosos que las aguas del Helesponto; los mares de las romanas supersticiones. Declaro sin vanidad, lo declaro, ser yo la estrella de tus ojos como el nocturno fanal encendido en Sestos fué la estrella de los ojos del infeliz Leandro. Te creo cuando me dices la ventura que aquí encuentro; ¡oh! te creo y me asalta un orgullo justísimo viéndome y considerándome señora del señor de la tierra. Hoy nos favorecen los vientos; y la obscuridad en que nuestros amores yacen, los recata, y en este recato los perpetúa, como la noche los sendos amores de nuestros dos malogrados amantes. Pero así como, en medio de la mayor felicidad y cuando más les halagaba y sonreía su interior satisfacción, una ola enemiga y un viento traidor anegaron á los dos jóvenes en el abismo, las intrigas cortesanas, las ambiciones múltiples, los celos y los recelos de tantos como nos atisban y persiguen, acabarán también ¡ay! pronto con los dos, y como tú no seas únicamente mi amor y mi esperanza, como seas también el amor y la esperanza de todos los romanos, habré de abandonarte á suerte más propicia y morirme yo sola como virgen malograda ó como viuda llorosa. En esa historia, por ti relatada con una viveza tan grande, consuela y fortifica ver á los amantes convirtiendo y trocando en amor la muerte. ¿Qué les importa morir á los cuitados, si mueren juntos? Pero nosotros vamos á morir también, víctimas de un destino tan adverso como el que agobió á Hero y Leandro; pero vamos á morir separados.

— ¡Oh! No lo creas, no lo creas, Acté: mi voluntad no consentirá esta separación jamás. Si me colocan en la horrible alternativa

de optar entre mi corona y tus brazos, optaré por tus brazos. Yo muchas veces lo dije: no me siento de modo alguno grande y excelso allá en las cumbres del trono; me siento grande y excelso aquí en el recatado asilo de amante corazón. El trono me quita mi verdadera gloria, la gloria de artista. Yo no había nacido para mandar; yo había nacido para cantar. La Naturaleza me hizo, no del hierro de los combates, no del oro de los cetros, del aroma de los laureles y de los mirtos. Créete que si yo cantara como sé ante un auditorio helénico; si yo tañera mi cítara en el oído abierto á toda melodía de los pueblos artistas; si yo representara una tragedia de Sófocles en un teatro de Atenas; si yo compusiera versos y luego en público los dijese, ganariame una vida tan lujosa como aquella que pueden darme los grandísimos tesoros imperiales. Si quieres, dejemos Roma y vámonos juntos á cualquier isla griega. En Rodas todo nos halagaría. Tú brillarías por la hermosura y yo por el arte. Seguiríannos las gentes con entusiasmo. No habría cortesanos, ni habría intrigas, ni esas pasiones que temes, ni esos vientos ni esas olas de ambición siniestra en que sospechas con tanta razón anegarte. Viviríamos pareados el uno para el otro. Los álamos nos darían sombra, el mar serenatas, nuestro amor lo infinito, el arte regocijo y recreo con los múltiples medios de vida que necesitásemos. Allí seríamos el uno para el otro solamente. Allí yo me miraría en tus ojos sin recelo de cansarme y tu oirías mis canciones arrobada en éxtasis perpetuo.

— No continúes: todo eso es muy bueno para dicho; mas no quiere, no, que suceda el adverso hado nuestro. Tú no tendrás otro remedio sino aceptar el imperio que te depara la suerte y casarte con Octavia que te depara el imperio. Quieras ó no, habrás de obedecer á tu madre Agripina; y quiera ó no Agripina, por su parte habrá de someterte á esta dura necesidad, á casarte por la razón de Estado y no por los impulsos del corazón. De mí no te acuerdes. Con tal que yo sepa la preferencia de tu corazón por el mío, bastante poco me importan las designaciones oficiales de otra para tu aparente compañera y esposa. La cadena penetra en el interior nuestro como si tuviese un cortante filo y nos hiere allá en el alma. Yo no quiero ser sino tu esclava, tu esclava predilecta, pero tu esclava, Nerón mío.

— Mas yo, por lo contrario, yo quiero ser tu esposo. El principado ejercido por mí en Roma pide que los demás sean siervos; pero que yo sea libre. Y si carezco de la rudimentaria facultad ejercida por el último romano, del albedrío para elegir la esposa preferida por mi amor, ¿dónde se halla, dónde, mi libertad? Yo quiero vivir contigo y á tu lado. Yo no pongo un grandísimo empeño en llamarme rey ó emperador de Roma; lo pongo en llamarme marido de Acté. Un matrimonio con Octavia me parece un suplicio perdurable. La estada, por lo contrario, á tu lado me parece una residencia gloriosa en los Eliseos Campos, lleno de bienaventuranza. No porffes, porque, te lo digo, dejaré mi corona, tomaré camino de Ostia, y en el puerto aquel nos embarcaremos para vivir de nuestro amor en casa y de nuestro arte fuera.

Cuando acababa el joven príncipe de pronunciar tales palabras, un esclavo comunica que el senador Vitelio quiere hablar con el príncipe Nerón para cumplir un mandato de la emperatriz Agripina. Los dos jóvenes palidecen, primero á los siniestros nombres pronunciados, y luego á la idea de que su retiro se conoce y espía.

— Deja — le dice Acté con lágrimas — este amor sin matrimonio; y abraza, obedeciendo tu destino, el matrimonio sin amor.



CAPÍTULO VII

CORONA Y YUGO

En cuarto muy próximo al de la escena precedente aguardaba Vitelio á Nerón.

— ¿Tú aquí? — preguntó éste al enviado de su madre.

— Yo aquí — respondió el embajador con arrogancia.

— ¿Cómo has conocido un escondrijo cual éste?

— Yo no soy yo, Nerón; yo soy la voz de tu madre.

— Harto lo sé.

— Por consiguiente no hay medio de que tu madre ignore las casas que frecuentas.

— Creo que sabe hasta los ensueños de mis noches y los pensamientos de mi conciencia.

— Pues no debes, conociéndola como la conoces, extrañarte de que haya sabido tu escondite y menos de que haya enviado un devoto tan fiel como yo en tu busca.

— ¿Qué quiere de mí?

— Quiere de ti una enajenación de la libertad indispensable al allegamiento de corona para tus sienes tan espléndida como la corona del sol.

— Hablando en plata: quiere que me case.

— Justo: eso quiere, que te cases.